

pestad les concedió un plazo, pero en cuanto ésta cesó, partió el navío. La represion es inexorable. De este modo se ha castigado el 18 de Marzo.

En cuanto al 2 de Diciembre, decir que quedó impune seria irrisorio: fué glorificado y adorado; pasó al estado de crimen legal y de delito inviolable. Los sacerdotes han rezado por su conservacion; los magistrados han juzgado en su nombre; los representantes del pueblo, á quienes ese crimen persiguió á culatazos, le aceptaron despues y se hicieron sus servidores. El autor del crimen murió en su lecho, despues de haber completado el 2 de Diciembre con la derrota de Sedán la traicion con la ineptia y el derrumbamiento de la República con la caida de la Francia; y sus cómplices Mor-ny, Billault, Magnan, Saint-Arnaud y

Abbatucci han dado sus nombres á calles de Paris. De modo que en veinte años de intervalo, en las revueltas del 18 de Marzo y del 2 de Diciembre, se ha obrado de los dos modos que acabo de indicar en las altas regiones del gobierno: contra el pueblo se han empleado todos los rigores; en favor del emperador todas las bajezas.

Es preciso ya no asombrar á la conciencia humana. Es hora ya de renunciar á la ignominia de tener dos pesos y dos medidas, por lo que pido para los hechos del 18 de Marzo la amnistía completa y absoluta.

La proposicion de amnistía presentada por Víctor Hugo fué desechada por el Senado.

FIN DE DESPUES DEL DESTIERRO.

EL RHIN



EL RHIN

CARTAS A UN AMIGO

TRADUCIDAS POR

D. CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ



ACE algunos años, un escritor, el que traza estas líneas, viajaba sin otro objeto que el de ver árboles y cielo, cosas las dos que no se acostumbran á ver en Paris.

Que este era su único objeto lo comprenderán fácilmente aquellos de sus lectores que tengan á bien hojear las primeras páginas de este libro de viajes.

Caminando al acaso, llegó á las orillas del Rhin.

La casualidad de encontrarse delante de ese gran rio produjo en él lo que ningún incidente de su viaje le habia inspirado hasta entonces, pues inclinó su voluntad á ver y observar un objeto determinado, fijó la marcha errante de sus ideas, imprimió una significacion precisa á su excursion, antes caprichosa; dió un punto de partida á sus estudios, y, en

una palabra, le hizo pasar de la divagacion á la reflexion.

El Rhin es el rio del cual todo el mundo habla y nadie estudia, que todo el mundo visita y nadie conoce, que se vé pasando y se olvida corriendo, que todas las miradas rozan la superficie y ningún espíritu profundiza. Así que sus ruinas ocupan las imaginaciones elevadas, su destino preocupa á las inteligencias reflexivas; pues este rio admirable deja entrever, á los ojos del poeta como á los del publicista, bajo la transparencia de sus ondas, el pasado y el porvenir de Europa.

Colocado allí, el escritor no pudo resistirse á la tentacion de examinar el Rhin bajo este doble aspecto. La contemplacion del pasado en los monumentos que mueren, el cálculo del porvenir en los resultantes probables de los hechos vivientes, halagaban á su instinto de an-

ticuario y á su instinto de soñador. Y despues, infaliblemente un dia, y quizá muy cercano, el Rhin será la cuestion flagrante del continente. ¿Por qué no girar de antemano un poco la meditacion hácia este punto? Aunque uno se haya entregado más asiduamente en la apariencia á otros estudios, no menos elevados ni menos fecundos, pero sí más libres en el tiempo y el espacio, le es preciso aceptar, cuando se presentan, ciertos trabajos austeros del pensamiento. Por poco que se viva en una de las épocas decisivas de la civilizacion, el alma de lo que se llama el poeta está mezclada necesariamente de todo: naturalismo, historia, filosofía, hombres y acontecimientos, y debe estar siempre dispuesta á abordar lo mismo las cuestiones prácticas que las teóricas. Es preciso que en caso de necesidad sepa prestar un verdadero servicio y poner en seguida manos á la obra. Hay dias en que todo ciudadano debe hacerse soldado, en que todo pasajero debe convertirse en marinero. En el ilustre y grande siglo en que vivimos, no haber retrocedido nunca el escritor en su laboriosa mision es haberse impuesto la ley de no retroceder jamás. Gobernar las naciones, es asumir una responsabilidad; hablar á los espíritus, es asumir otra; y tanto es así, que el hombre de corazon, por ruin que sea, desde el momento en que se impone este trabajo, lo desempeña como debe. Recoger los hechos, ver las cosas por sí mismo, apreciar las dificultades, cooperar si puede á las soluciones, es la condicion de su profesion, sinceramente comprendida. El escritor, pues, no se economiza; prueba, ensaya, se esfuerza por comprender, y cuando ha comprendido, se esfuerza por explicar. Sabe que la perseverancia es una fuerza, y que esta fuerza se puede añadir siempre á su debilidad. La gota de agua que cae de la roca horada la montaña; ¿por qué la gota de agua que cae de un espíritu no ha de horadar los grandes problemas históricos?

El que escribe estas líneas se dedicó con toda conciencia y desinterés al grave trabajo que surgia ante su vista; y despues de tres meses de estudios, muy diferentes por cierto, le pareció que de este viaje de arqueólogo y curioso, y en medio de la poesía y recuerdos que habia recogido, quizá sacaba un pensamiento inmediatamente útil á su país.

Estudios muy mezclados, esta es la palabra exacta; pero no la usa aquí para que se tome en mal sentido. Buscando

siempre cómo sondear la cuestion del porvenir que ofrece el Rhin, no ha descansado un momento, y se apercebirá además que el exámen del pasado le ha ocupado, no tan profunda, pero sí más habitualmente. Esto se comprende con facilidad. El pasado está allí en ruina; el porvenir no está más que en gérmen. Abrase una ventana en el Rhin y se verá el pasado; para ver el porvenir, permitasenos la frase, es necesario abrir una ventana dentro de uno mismo.

Respecto al presente, el viajero puede desde luego comprobar dos cosas: primera, que el Rhin es mucho más francés de lo que piensan los alemanes; y segunda, que los alemanes son mucho menos hostiles á Francia de lo que creen los franceses.

Esta doble conviccion, absolutamente adquirida é invariablemente fijada en él, forma uno de sus puntos de partida en el exámen de la cuestion.

Entre tanto las diferentes cosas que durante esta excursion habia sentido ú observado, adquirido ó adivinado, buscado ó encontrado, visto ó vislumbrado, las habia depositado por el camino en estas cartas, cuya formacion natural y sencilla merece ser explicada á los lectores. Es en el que escribe una costumbre que lleva la fecha de doce años. Siempre que abandona temporalmente á Paris, deja un amigo íntimo y querido, establecido en la gran ciudad por deberes que le ocupan todas las horas del dia, tanto, que apenas le permiten visitar la casa de campo que tiene situada á cuatro leguas de las puertas de la ciudad. Este amigo, que desde su juventud ha venido asociándose de corazon á todo lo que hace, á todo lo que emprende y á todo lo que sueña, reclama largas cartas al amigo ausente, y estas cartas, el amigo ausente las escribe. ¿Sabeis lo que ellas contienen? Pues no es más que la expansion cotidiana; es decir, el tiempo que ha hecho hoy, el modo cómo se puso el sol ayer, la apacible tarde ó la mañana lluviosa; el coche, silla de posta ó violin á donde sube el viajero; la muestra de la hostería, el aspecto de las ciudades, la forma que tenia tal árbol del camino, las conversaciones de la berlina y las habladurías del imperial; es la visita á un gran sepulcro, un gran recuerdo hallado, un gran edificio explorado, bien sea catedral ó iglesia de aldea, porque la iglesia de aldea no es menos grande que la catedral: en la una y en la otra está Dios; son todos los ruidos que se perciben

recogidos por el oido y comentados por la fantasia; el repique del campanario, el martilleo del yunque, el chasquido del látigo del postillon, el grito oido en el umbral de una prision, la cancion de la jóven, el juramento del soldado; es la pintura de todos los terrenos, cambiados á cada instante por el capricho en *esa dulce region de la fantasia*, de la cual habla Montaigne, y en la cual se detienen voluntariamente los soñadores; es esa multitud de aventuras que suceden, no al viajero, sino á su espíritu; en una palabra, es todo y es nada: es el diario de un pensamiento mucho más que el de un viaje.

Mientras que el cuerpo se traslada de un punto á otro, gracias al camino de hierro, á la diligencia ó al vapor, la imaginacion vuela tambien. El capricho del pensamiento salva los mares sin navíos, los rios sin puentes y las montañas sin caminos. El pensamiento del poeta no conoce distancia. Hé aquí, pues, lo que contienen estas cartas: los dos viajes mezclados uno con otro.

El viajero ha caminado toda la jornada reuniendo ó recogiendo ideas, quimeras, incidentes, sensaciones, fábulas, visiones, juicios, realidades, recuerdos. Llegada la noche, entra en una posada, y mientras disponen la cena, pide una pluma, tinta y papel, apoya el codo en el ángulo de una mesa y escribe. Cada una de sus cartas es el saco donde vacía las impresiones que su espíritu ha recibido durante el dia, y en este saco se encuentran con frecuencia más monedas de calderilla que luises de oro.

Cuando regresa á Paris, vuelve á ver á su amigo y ya no piensa más en su diario.

Ha escrito así, desde hace doce años, muchas cartas sobre Francia, Bélgica, Suiza, el Océano y el Mediterráneo, y las ha olvidado por completo. Habia olvidado asimismo las que habia escrito sobre el Rhin, cuando el año pasado se acordó forzosamente de ellas por un sencillo encadenamiento de hechos que es necesario que refiera.

Recuérdese que hace cerca de seis ú ocho meses la cuestion del Rhin se trató de repente. Algunas inteligencias nobles y privilegiadas la discutieron en Francia en esa época con bastante viveza, y tomaron desde luego, como sucede casi siempre, dos partidos opuestos, dos partidos extremos. Los unos consideraron los tratados de 1815 como un hecho consumado, y partiendo de aquí abandona-

ban la orilla izquierda del Rhin á la Alemania y no le pedian otra cosa que su amistad; los otros, protestando como nunca y con justicia, segun nuestra opinion, de lo hecho en 1815, reclamaban con violencia la orilla izquierda del Rhin y rechazaban la amistad de la Alemania. Los primeros sacrificaban el Rhin á la paz; los segundos sacrificaban la paz al Rhin. A nuestro modo de ver, los unos y los otros á la vez tenian y no tenian razon. Entre estas dos opiniones, exclusivas y diametralmente opuestas, nos pareció que habia lugar para una opinion conciliadora. Mantener el derecho de Francia sin herir la nacionalidad de Alemania, era el bello problema que acarició el que escribe estas líneas, y cuya solucion creyó entrever en su correría por el Rhin. Ocurrida que le fué esta idea, se le apareció, no como idea, sino como deber. A su juicio, todo deber se ha de llenar en seguida. Cuando una cuestion que interesa á Europa, es decir, á la humanidad entera, es oscura, por escasa que sea la luz de que se disponga, se debe llevar para facilitar su esclarecimiento. La razon humana, de acuerdo en esto con la ley espartana, obliga en ciertos casos á decir la opinion que se tiene. Entonces, y en cierto modo sin preocupacion literaria, pero con el franco y severo sentimiento del deber cumplido, escribimos estas páginas, que pensamos desde luego publicar.

En el momento de darlas á la estampa nos asaltó un escrúpulo. ¿Qué significarian unas cuantas páginas aisladas por completo del trabajo hecho en el espíritu del autor durante su exploracion por el Rhin? ¿No habria algo de brusco y de extraño en la aparicion de este librejo especial é inesperado? ¿No seria preciso comenzar por decir que hemos visitado el Rhin, y así no se extrañaria con razon que el que esto escribe, poeta por aspiracion y arqueólogo por simpatía, no hubiese visto en el Rhin más que una cuestion política internacional? Esclarecer por una referencia histórica una cuestion contemporánea, puede, sin duda, ser útil; pero el Rhin, ese rio único en el mundo, ¿no merece la pena de ser tambien visto por lo que es y por lo que significa? ¿No seria verdaderamente inexplicable que hubiese pasado por delante de esas catedrales sin visitarlas, de esas fortalezas sin inspeccionarlas, de esas ruinas sin mirarlas, de ese pasado sin sondearlo, de ese delirio sin abismarse en él? ¿No es un deber para el escritor, sea el

que fuere, ser consecuente siempre consigo mismo, *et sibi constet* no producirse sino como tiene por costumbre y no llegar de otra manera que de la que es esperado? ¿Obrar de diferente modo no sería desorientar al público, entregar la realidad del viaje á las dudas y á las conjeturas, y por consecuencia disminuir la confianza?

Esto lo creyó de cierta gravedad el autor. Disminuir la confianza en el mismo momento que la reclama con más interés que nunca; hacer dudar de sí, sobre todo cuando es necesario hacer creer; no atraer toda la fé de su auditorio cuando se pide la palabra para lo que se imagina que es un deber, era faltar al objeto que se habia propuesto.

Las cartas que habia escrito en su viaje se volvieron á presentar entonces á su imaginacion. Las volvió á leer y reconoció que por su misma realidad tenian el punto de apoyo incontestable y natural de sus conclusiones en la cuestion rhiniana; que la familiaridad de ciertos detalles, la minuciosidad de ciertas pinturas, la personalidad de ciertas impresiones eran una evidencia más; que todas estas cosas verdaderas se añadirían como comprobantes á la cosa útil; que bajo cierto aspecto, el viaje del soñador, caprichoso en extremo y quizá recargado de poesía para algunas imaginaciones cansadas, podría perjudicar á la autoridad del pensador; pero por otro lado pensó que siendo más severo corría el riesgo de ser menos eficaz; que el objeto de esta publicación, por desgracia muy insuficiente, era el de resolver amigablemente una cuestion de odio; y que, en todo caso, desde el momento en que se mostrase lealmente á los lectores el pensamiento del escritor, hasta el más íntimo y el más culto, los que no se adhiriesen á las conclusiones del libro, cualquiera que fuese su resultado, es evidente que creerían en las convicciones del autor.—Esto ya sería un gran paso; el porvenir se encargaría tal vez de lo demás.

Tales son los motivos imperiosos que han determinado al autor para dar á luz estas cartas y ofrecer al público dos volúmenes sobre el Rhin en lugar de doscientas páginas.

Si hubiese publicado esta correspondencia de viaje con un objeto puramente personal, probablemente la habria hecho sufrir notables alteraciones: habria suprimido muchos detalles; habria borrado de todas partes la intimidad y la confianza; habria extirpado y arrancado con

cuidadoso esmero el *yo*, esa mala yerba que brota una y otra vez de la pluma del escritor entregado á las expansiones familiares, y quizá habria renunciado absolutamente, por el propio sentimiento de su inferioridad, á la forma epistolar, que, á su parecer, solo tienen el derecho de emplear frente á frente del público las grandes inteligencias. Pero bajo el punto de vista que se acaba de explicar, estas alteraciones hubiesen sido falsificaciones, cuando estas cartas, aunque en la apariencia son casi extrañas á la *Conclusion*, vienen á ser en cierto modo las piezas justificativas; cada una de ellas es un certificado de viaje, de pasaje y de presencia; el *yo*, aquí, es una afirmacion. Modificarlas sería reemplazar la verdad por la forma literaria, y con esto lo que se conseguía era disminuir la confianza, y por lo tanto, faltar al objeto propuesto.

Es preciso no olvidar que estas cartas, que por otra parte tal vez no tengan dos lectores, vienen aquí para apoyar una palabra conciliadora ofrecida á dos pueblos. Ante tan grande objeto, ¿qué importan las sencillas coqueterías del arreglador y los refinamientos de la *toilettte* literaria? La verdad es su mejor adorno. (1)

El autor se ha determinado á publicarlas tal, poco más ó menos, como han sido escritas.

(1) Ante esta consideracion se han desvanecido todos los escrúpulos que tenia el autor. Estas cartas han sido escritas al azar de la pluma y sin libros; los hechos históricos ó los textos literarios que contienen acá y allá están citados de memoria; pero ésta engaña y falta algunas veces. Así, por ejemplo, en la *Carta novena*, el autor dice que Barbaroja *quiso cruzarse por la segunda ó tercera vez*, y en la *Carta décimaséptima* habla de las *numerosas cruzadas* de Federico Barbaroja. El autor olvida en esta doble ocasion que Federico I solo fué cruzado dos veces, la primera siendo aun duque de Suavia, en 1147, en compañía de su tío Conrado III, y la segunda siendo emperador, en 1189. En la *Carta décimacuarta*, el autor escribe el *heresiarca Doucet*, donde debió escribir el *heresiarca Doucin*. Nada hubiese sido más fácil que corregir estos errores; pero al autor le ha parecido que, puesto que ya estaban cometidos, debían quedar como el verdadero sello de su legitimidad. Y ya que se ha puesto á rectificar los errores en que ha incurrido, séale permitido señalar despues de los suyos los de su impresor. Una errata razonada es algunas veces útil. En la *Carta primera*, en lugar de: la casa está llena de gentes que *ordonnent*, debe decir: la casa está llena de gentes que *jordonnent*. En la *Legenda del hermoso Pecopin* (últimas líneas del párrafo XII), en lugar de *una puerta de metal*, se ha de leer *una puerta de metaíl*. Las dos palabras *jordonner* y *metaíl* faltan en el Diccionario de la Academia, y en esta ocasion, á nuestro modo de ver, el Diccionario no tiene razon. *Jordonner* es una palabra muy expresiva en el lenguaje familiar, que no tiene sinónimo posible, y que expresa un matiz preciso y delicado, cual es el mando ejercido con fatuidad y vanidad á cada instante y fuera de propósito. En cuanto á la palabra *metaíl*, no es menos notable. El *metal* es la sustancia metálica pura; la plata es un metal. El *metaíl* es una sustancia metálica compuesta; el bronce es un metal.—(Nota de la primera edicion.)

Y dice "poco más ó menos", porque no quiere ocultar que ha hecho algunas supresiones y algunas enmiendas, pero estas enmiendas no tienen ninguna importancia para el público. Su objeto ha sido evitar repeticiones, ó ahorrar á los que por casualidad tercián en esta obra, á los indiferentes y á los desconocidos que el azar nos ha hecho encontrar en el viaje, tanto una indiscrecion como una censura, ó hasta si se quiere la molestia de reconocerse. Importa poco al público, por ejemplo, que todos los finales de las cartas, consagrados á detalles de familia, hayan sido suprimidos; asimismo que el sitio donde tuvo lugar un accidente cualquiera, una rueda rota, un incendio de una posada, etc., haya sido cambiado ó no. Lo esencial para que el autor pueda decir: *Este es un libro de buena fé*, es que la forma y el fondo de las cartas hayan quedado tal como estaban. En caso de necesidad se podría enseñar á los curiosos, si hubiese alguno por cosas tan insignificantes, todas las cartas de este diario del viajero auténticamente timbradas y fechadas en la administracion de correos.

Esta clase de confidencias tienen un encanto inexplicable cuando provienen de los grandes escritores, y ejemplos ilustres tenemos que están en la memoria de todos: un estilo ameno dá la vida á todo; en cuanto al humilde viajero que ha escrito este libro, lo repetimos, ellas no tienen otro valor que el de su sinceridad. Este título y solamente este título es el único que las puede hacer en algun caso aceptables. Ellas se relacionan con el monje de Saint-Gall, con el ciudadano de Paris en tiempo de Felipe Augusto, con Juan de Troyes, entre los materiales útiles de consulta; y como documento formal y sincero, tienen más tarde la satisfaccion de ayudar á la filosofía y á la historia para caracterizar el espíritu de una época y de una nacion en un momento dado. Si cupiese tener alguna pretension en esta obra, el autor no tendria otra que ésta.

Aquí no se busca más que las aventuras dramáticas y los incidentes pintorescos. Como lo explica en las primeras páginas de este libro, el autor viaja solitario, sin otro objeto que soñar mucho y pensar un poco. En estas excursiones silenciosas lleva dos viejos libros, ó si se le permite citar su propia frase, le acompañan dos viejos amigos, Virgilio y Tácito: Virgilio, es decir, toda la poesía que sale de la naturaleza; Tácito, es decir,

todo el pensamiento que sale de la historia.

Despues, cuando conviene, queda sumido en el silencio y en la media luz, cosas ambas que favorecen la observacion. Pero aquí se hace indispensable otra explicacion. La prodigiosa sonoridad de la prensa francesa, tan poderosa, tan fecunda y además tan útil, hace resonar los más oscuros nombres de Paris, de tal modo que no permite al escritor, por humilde é insignificante que sea, creer que fuera de Francia gozará de completa oscuridad. En esta situacion el observador, sea el que fuere, debe guardar el incógnito y el anónimo, si quiere conservar entera su independencia de pensamiento y de accion. Estas precauciones, que aseguran al viajero el beneficio de la oscuridad, las ha tomado el autor durante su excursion por las orillas del Rhin, por más que le pareciesen supérfluas y hasta ridículas tomarlas. De este modo ha podido recoger sus notas á placer y con entera libertad, sin que nadie estorbese su curiosidad ó su meditacion en ese paseo caprichoso que, creemos haberlo indicado suficientemente, admite por completo las singularidades que ofrecen las posadas y las mesas redondas, y se acomoda voluntariamente lo mismo al patache que á la silla de posta, lo mismo al asiento de las diligencias que á la banqueta bajo la toldilla del vapor.

En cuanto á Alemania, que es á sus ojos la colaboradora natural de Francia, por las consideraciones que indica la terminacion de esta obra, cree que la ha apreciado como debe y la ha visto tal como es. El autor protesta de antemano enérgicamente contra toda intencion irónica que se le pueda suponer en algunas palabras mezcladas aquí y allá en estas cartas, y que solo ha conservado por un escrúpulo de sinceridad. No lo oculta; Alemania es uno de los países que ama y una de las naciones que admira. Abriga un sentimiento casi filial por esa noble y santa patria de todos los pensadores. Si no fuese francés, querría ser alemán.

El autor no cree que debe acabar esta nota preliminar sin confiar á sus lectores el último escrúpulo que le asalta. Cuando estaban tirando los últimos pliegos de este libro, se apercibió que acontecimientos muy recientes y que en la actualidad ocupan á Paris, parecían dar el valor de una aplicacion directa á dos líneas del párrafo XV de la *Conclu-*